

son una sola cosa en la realidad de la unión hipostática. ¿Por ventura está dividido Cristo?<sup>1</sup> podemos preguntar como el Apóstol. La respuesta es evidente: la división no existe sino en la abstracción, porque en concreto *Unus est Christus*, uno absolutamente, no por confusión ó fusión de las naturalezas divina y humana, sino por la unidad de la persona<sup>2</sup>. En el Hombre-Dios, hermanos míos, como todos sabéis, la persona única es divina, porque *el Verbo se hizo carne*<sup>3</sup>, Dios incorporó á sí al hombre, no el hombre usurpó para sí la divinidad<sup>4</sup>, que fuera absurdo; ¿y si en el hombre mismo la persona, podemos decirlo, es el todo porque todo lo sostiene y dignifica, con cuánta mayor razón debemos afirmar lo de la personalidad de Cristo, siendo aquí la persona realmente distinta de la naturaleza humana, la cual en ella y por ella se sustenta y de ella depende en absoluto? Adorando, pues, la humanidad de Cristo adoramos á la Persona del Verbo en quien esa santa humanidad, alma y cuerpo, se sustenta, en quien vive y obra como en su sujeto y principio personal. Adoremos, pues, su Corazón, el cual, aunque de carne, está animado por la vida de Dios, es el Corazón del Verbo Encarnado, digno de infinitas adoraciones, como el Padre y el Espíritu Santo.

13. Mas ¿qué deberemos pedir á Jesucristo que sea de mayor agrado para su Corazón? ¡Ah! pidámosle, hermanos míos, según los deseos del Santísimo Padre León XIII, *que vuelva á atraer á sí una sociedad que, en gran parte, se ha alejado de Dios*. Ésta es la plegaria que el mismo Jesús no cesa de elevar con arden-

<sup>1</sup> 1 Cor. 1, 13.<sup>2</sup> Symbol. Athan.<sup>3</sup> Io. 1, 14.<sup>4</sup> Phil. 2, 6.

tísimo amor hacia su Padre, diciendo: *Adveniat regnum tuum*; y nosotros debemos acompañarle en esta oración, instándole al mismo Salvador para que vuelva á reinar sobre las almas y sobre las naciones que, en su ceguera, han sacudido su yugo suave y venturoso, y que no sólo recobre sus dominios, sino que los extienda cada día más hasta reinar como Dueño y Señor en los corazones de todos los hombres: *Adveniat regnum tuum*. Tal es el lema de nuestro Apostolado. Oremos, pues, con las mismas intenciones por las cuales ora y se inmola día y noche el Corazón de Jesús en el altar, y el Dios de bondad escuchará nuestras plegarias. Así sea.

### TERCER PANEGÍRICO DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, en la fiesta del Apostolado de la Oración, 1896).

Dilectus meus mihi, et ego illi.

Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para él.

Cant. 2, 16.

1. Veinticinco años hace que un respetable cuerpo de generosos cristianos tributa en este mismo día y en este hermoso templo sus fervientes homenajes al sagrado Corazón de Jesús. La *Pia Unión* reúne en un concierto de melodiosas armonías, en haces de simbólicas luces y en poderosa corriente de afectos todo cuanto puede allegar para la pompa de tan hermosa festividad, haciéndola, en cuanto cabe, digna de su adorable objeto. La Compañía de Jesús, establecida por tercera vez en esta capital hace doce años<sup>1</sup>, vino á tiempo para

<sup>1</sup> El año de 1884 se restableció la Compañía en Bogotá.

añadir á la asociación de aquellos devotos fieles, si no su valioso concurso, á lo menos el contingente de sus más íntimos afectos, tratándose de un culto que nadie como ella está obligado á formentar y dilatar con todas sus fuerzas. ¡Ah! la Compañía de Jesús, honrada antes con el nombre, y después con el Corazón del divino Salvador, ¿qué no debía acometer para inflamar más y más los corazones en el amor del sagrado Corazón, aquí, como en todas partes donde le ha sido otorgada la libertad de trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas? La Compañía, mi querida Madre, reconocida á los favores sin cuento de que el divino Corazón la ha colmado, no sólo en su primera época de nacimiento y desarrollo, sino en esta segunda no menos brillante, de renacimiento y extensión prodigiosa, funda, donde no las encuentra, numerosas asociaciones: apoya y enfervoriza las ya establecidas: establece la grande obra del Apostolado de la Oración, nacida en una de sus casas de estudios, y esparcida hoy por todas las partes del mundo: cumple, en fin, con el encargo de Jesucristo de propagar el culto del Corazón adorable, hácese toda corazón para Jesús que se ha hecho para ella todo corazón, diciendo con la enamorada Esposa de los Cantares: *Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda para él*<sup>1</sup>.

2. Y ¿no es esto, amadísimos hermanos, lo que debe decir y sentir todo cristiano contemplando los favores del dulcísimo Corazón del Hombre-Dios? ¡Ay! al mirar simbolizado en ese ardiente Corazón de carne que Jesús señala con su dedo, el amor de un Dios Encarnado, inmolado en la cruz y en el altar, menospreciado por

<sup>1</sup> Ubi supra.

la humana ingratitud, todo creyente debe reconocer esta verdad: Jesús es todo corazón para el hombre, deduciendo en consecuencia esta otra no menos importante y práctica: *Luego el hombre debe ser todo corazón para Jesús. Dilectus meus mihi, et ego illi.* Esto debéis hacer en este día, Apóstoles de la Oración; esto vosotros, miembros de la Unión piadosa; esto, fieles de toda condición y estado; y, para conseguirlo, dignaos prestar vuestra atención al desarrollo de la doble verdad propuesta, mas no sin haber implorado antes los auxilios del Espíritu de luz y amor, por intercesión del Corazón amantísimo de María, lleno de gracia. Saludémosla, etc. *Ave María.*

#### I.

3. No quiero entrar en materia, hermanos míos, sin haberos hecho notar de antemano la importancia del concepto anunciado en la primera parte de la proposición, relativamente al encomio del Corazón deífico. Porque, observadlo bien, afirmar que Jesús es todo corazón para el hombre, equivale á decir que el Corazón de Jesús es todo para su criatura, lo que, en rigor, sólo parece que puede afirmarse de Dios, según aquella hermosa aspiración: *¡Dios mío y todas mis cosas!*<sup>1</sup> Es decir que este sagrado Corazón, con ser humano por su naturaleza, es, en virtud de su divinización por el Verbo, capaz, como el mismo Dios, de llenar todo el vacío, en cierta manera infinito del humano corazón, haciéndole feliz eternamente. ¡Qué mayor grandeza! ¡qué alabanza más subida! Y no hay en ella, sin embargo, nada de exageración. Porque ¿cómo no ha de

<sup>1</sup> Deus meus, et omnia (Imit. Christi lib. III, cap. 39).

darnos infinita hartura Aquél que, siendo quien es, nos da y comunica todo cuanto tiene? Pues no otra cosa significa la conocida expresión: ser un amante todo corazón para el amado, Ser, pues, Jesús todo corazón para el hombre, quiere decir que este órgano de su vida humano-divina, ó el amor por él simbolizado, prevalece de tal suerte en todo el ser de Jesucristo, que en cierto modo caracteriza su fisonomía moral, é imprime un sello distintivo á todas sus acciones. Para comprender esta importante verdad, en orden al fin que nos proponemos, basta fijar nuestras miradas primero en la inefable figura del Salvador, y luego pararnos á contemplar sus obras.

4. ¡Miradle de hito en hito! Ahí le tenéis, ¡aunque todo el esfuerzo del arte, inspirado por la piedad, no da sino pálidos reflejos del ideal imposible de expresarse! ¡Qué fisonomía física y moral la del Hombre-Dios, verdaderamente indescriptible, inefable al labio mismo de los ángeles! Majestad templada por la dulzura, claridad deslumbrante, moderada por la sencillez. En el pesebre, en el templo de Jerusalén, en el Cenáculo y hasta en el Calvario, lo mismo que en el Tabor, aquella figura de hombre, pero más que humana, avasalla á quienquiera que osa contemplarla, subyuga corazones, obliga á doblar ambas rodillas, arranca gritos de entusiasmo á las turbas. ¡Oh figura de mi Salvador indescriptible, más bella que cuanto vió el ojo del hombre, cuanto soñó el artista, y cruzó por la ardiente fantasía!<sup>1</sup> Pero examinad atentamente, queridos hermanos, cuál es el foco de donde irradian esos divinos resplandores que iluminan el rostro de Jesús. ¿Es acaso

<sup>1</sup> Nec oculus vidit... nec in cor hominis ascendit (1 Cor. 2, 9).

su inteligencia soberana? Sé muy bien cuánto brilla la luz del genio, del entendimiento creador, rebosando del interior del alma en el exterior sus raudales luminosos; mas, tratándose del Salvador del mundo, me atrevo á decir: no es la luz, no es la inteligencia lo que brilla en sus ojos y semblante. ¿Será por ventura el poder? Tampoco... Pues, ¿qué es? Su Corazón. ¡Ah! no lo dudéis. Por entre los rayos que lanza afuera la sabiduría del Verbo Encarnado, y los que arroja aquella fuerza capaz de enfrenar las tempestades, ábrese paso otro rayo que los domina á todos eclipsándolos, y es como la llamarada que envía el Corazón. ¿No habéis contemplado la variedad infinita de rayos que esparce á lo ancho y largo del espacioso cielo un mismo sol, según que ocupa el trono del oriente, ó se recuesta en el lecho de nubes del ocaso, ó bien en carro de fuego preside á la naturaleza en mitad del firmamento? Podrán ser más vívidos y abrasadores los que despide á mediodía; mas ¿quién no se goza y se extasía á la luz suave del oriente ó al tibio resplandor del apacible ocaso? Sabiduría en el oriente, poder al medio día, corazón en el ocaso de la vida<sup>1</sup>, todo esto es Jesús, Verbo Encarnado, sol de verdad y de justicia; pero lo que más me arrebató es su amante Corazón.

5. Admíranse las turbas que le escuchan, ávidas de doctrinas del cielo, al ver tanta sabiduría como no se vió nunca en el mundo: Jamás hombre nacido habló como este hombre<sup>2</sup>. Si en lo antiguo venían de la tierra del oro las reinas poderosas para recoger las perlas que caían de los labios del sabio entre los sabios<sup>3</sup>, el nuevo Maestro aparecido en tierra de Judea deja muy atrás la

<sup>1</sup> Io. 13, 1.      <sup>2</sup> Io. 7, 46.      <sup>3</sup> Matth. 12, 42.

sabiduría del ponderado monarca, porque es innegable que: *Éste es más que Salomón*. Sí, cristianos, así es la verdad: *Plus quam Salomon hic*. Y ¿adivináis por qué? Porque éste no es sólo saber, sino bondad; no es sólo cabeza, sino corazón. Pues, no menos que la sabiduría inaudita, inagotable, deslumbra á millares de ojos desmesuradamente abiertos de estupor, el poderío y la fuerza del nuevo Sansón; que, si éste hizo venir á tierra el gran templo del ídolo filisteo entre las convulsiones de una agonía sublime, aquél reedifica al tercer día de destruído por la muerte, el templo animado de su mismo cuerpo, en medio del fragoroso espanto de una resurrección sin ejemplo. No hay duda, el taumaturgo de Judea es mil veces más grande que el antiguo juez de Israel. Éste es pigmeo delante del gigante. ¿Por qué? Porque aquél era todo fuerza muscular, y éste es todo corazón. Su nombre propio es *Salvador*, nombre lleno de grandeza, es verdad, pero más aún de humildad y ternura, porque no ha de salvar á su pueblo sino por el sacrificio. Por eso, aunque se llame, como se lee en el Apocalipsis<sup>1</sup>, el Verbo de Dios, la Sabiduría del Padre y la Virtud del Altísimo<sup>2</sup>, él gusta, sin embargo, de que se le designe bajo el símbolo de *Cordero de Dios: Ecce Agnus Dei!*<sup>3</sup> Cordero muerto<sup>4</sup>, sacrificado ¿en qué aras, Dios mío? ¡ay! en aras del eterno amor. He ahí, cristianos, el Corazón dominándolo todo en la augusta fisonomía de Jesús.

6. Creedme: Jesús, el Salvador, pues tal es su nombre y su carácter, no ha salvado al hombre precisamente por obra de su sabiduría, ni por la omnipotente energía

<sup>1</sup> Apoc. 19, 13.      <sup>2</sup> Luc. 1, 35.      <sup>3</sup> Io. 1, 29.

<sup>4</sup> Agnum tamquam occisum (Apoc. 5, 6).

de su brazo; lo ha redimido por la eficacia de su amor. *Por las entrañas de su misericordia nos ha visitado Dios bajando de lo alto*, decía Zacarías<sup>1</sup> inspirado en el día del nacimiento de su hijo; *por la extremada caridad con que nos amó*, dice el grande Apóstol, y *para mostrar á todos los siglos las riquezas abundantes de su gracia, en su bondad para con nosotros, dió-nos vida y salvación en Cristo*<sup>2</sup>. Por lo demás, ¿qué demuestra el relato evangélico? Habla Jesús, enseña doctrina celestial, el hombre exclama: *Numquam sic locutus est homo*; pero el corazón humano persiste en su estúpida incredulidad. Jesús trastorna la marcha de la naturaleza, y el asombrado pueblo se pregunta: *¿Quién es éste á quien los vientos y mares obedecen?* Mas, ¡cosa inverosímil! la masa de aquel pueblo no le reconoce por quien es; no se postra delante de él para adorarle. Pero desde el momento en que Jesús, escalada la altura del Calvario, despliega los recursos de su caridad en aquel supremo esfuerzo de la cruz, cuando, al parecer, está aniquilada su fuerza y hecho ludibrio su saber, no obstante la locura y flaqueza aparente de aquella situación de malhechor ajusticiado: ¡admirad los milagros del amor! desde entonces el mundo subyugado y contrito se pone de hinojos para aclamarle Hijo de Dios; desde entonces el género humano, acompañado de angélicas liras, entona el himno de la Redención: *Redimístenos, Señor, á precio de tu sangre.... Digno es el Cordero que ha sido muerto, de recibir la gloria y el honor y la divinidad*<sup>3</sup>. ¡Prodigios del corazón! ¡Qué esperanzas de salvación para el ingrato mundo del siglo venidero no nos permite concebir el culto del

<sup>1</sup> Luc. 1, 78.

<sup>2</sup> Eph. 2, 4 etc.

<sup>3</sup> Apoc. 5, 9. 12.

amor de Jesús que el moribundo siglo XIX legará pronto á su sucesor, como herencia más preciosa que todos sus descubrimientos y tesoros! ¿No verá el siglo futuro verificarse una vez más la palabra infalible: *Todo lo atraeré hacia mí*<sup>1</sup>? ¿Por qué dudarle? El amor de Jesús todo lo puede; y, si no, mirad sus obras.

7. En ellas se demuestra que Jesús es todo corazón. Interviene en ellas (¿quién lo duda?) su sabiduría y su poder; pero esos dos atributos, con ser infinitos, se encuentran subordinados al primer motor, al Corazón, y como si dijéramos puestos al servicio del amor. ¿*Quién para redimirnos te vistió un cuerpo humano?* canta la Iglesia en uno de sus himnos; ¿*quién fué sino tu amor?*<sup>2</sup> Y ¿no pasa una cosa semejante, oyentes míos, en la esfera de lo humano, en la que nosotros mismos nos movemos? Un hombre de corazón, ¿no hace servir á los intentos de éste todas sus facultades interiores y exteriores, talento, energía, actividad, riquezas? Pues, ¿cómo no lo hará Jesús? ¡Ah, si nos fuera posible dar una ojeada á todas sus obras! Mas ¿cómo pudiéramos en el breve espacio de un discurso, abarcarlas todas ni aun con la mirada? Encarnación, Pasión, Eucaristía, por no enumerar sino las más prominentes, como quien señala con el dedo las cúspides más elevadas de una cadena de altísimas montañas. ¡Qué obras tan portentosas, cuales ningún otro que el Amor infinito puede llevar á cabo!<sup>3</sup> Para ejecutarlas pareceme ver al Corazón del Salvador llamando en su auxilio la Sabiduría ordenadora y la creadora Omnipotencia, cabeza y manos, aquélla para

<sup>1</sup> Io. 12, 32.

<sup>2</sup> Amor coegit te tuus mortale corpus indui (Hymn. Eccl.).

<sup>3</sup> Io. 15, 24.

concebir el plan, éstas para realizarlo, arrollando todos los obstáculos. Contemplemos siquiera someramente cada una de estas tres obras de la diestra del Altísimo.

8. Por la primera determinó Dios juntar consigo una naturaleza humana singular, dándole su misma personalidad, á fin de que pudiera decirse con todo el rigor de la verdad: «Dios nace, Dios llora, Dios padece, Dios muere en un patíbulo....» Mas ¿quién oyó jamás tal maravilla? ¿quién pudo siquiera imaginarla?<sup>1</sup> ¿quién, sino aquella Sabiduría infinita que ideó el plano sobre que se fabricó el universo?<sup>2</sup> Y, para construir esa fábrica de la Encarnación, cuyo cimiento está labrado en lo más hondo de la tierra, y cuyo remate sobrepuja la altura de los cielos<sup>3</sup>, ¿dónde hallar la pujanza necesaria sino en los tesoros de la Omnipotencia? Á todo proveyó el Amor, amor que, mejor que aquél de que dijo el poeta: *Amor omnia vincit*, todo lo inventa, todo lo allana, todo lo arrolla para salir con su intento. Su intento era morir por salvar á su criatura muerta por la culpa: dejar así satisfecha juntamente la misericordia y la justicia, conciliando la salud del hombre con la dignidad de Dios. La invención era digna de aquella Sabiduría que resuelve problemas á toda otra inteligencia insolubles<sup>4</sup>. La idea era tan superior á todo humano alcance que, aun después de realizada y propuesta al reconocimiento de los hombres, á éstos les pareció locura, aquéllos se escandalizaron de oírla<sup>5</sup>. Y viniendo á la ejecución, ¿cómo vencer dificultades á todas luces insuperables en el curso de la empresa? Por-

<sup>1</sup> Is. 56, 8.

<sup>2</sup> Sapientia ædificavit sibi domum (Prov. 9, 1).

<sup>3</sup> Eph. 4, 9, 10.      <sup>4</sup> Marc. 10, 27.      <sup>5</sup> 1 Cor. 1, 23.

que es menester que el impasible padezca, y que muera el inmortal, y, lo que parece aun más dificultoso, que se oculte al corazón deificado y naturalmente glorioso la claridad de la visión beatífica para que quede en tinieblas y se rompa en mil pedazos herido por la desolación que le rodea y el desamparo de arriba... ¡Ah! cristianos, todo lo allanará el poder sin límites, pues amor infinito lo ordena.

9. Después de estos prodigios, ningún otro puede sorprendernos, ni aun el milagro de los milagros, la institución de la divina Eucaristía. Aquí parecía que debían tocarse todos los extremos: habitar Dios en la tierra por especial manera sin ausentarse del cielo; irse Jesús y quedarse al mismo tiempo, para ser de este modo la felicidad de los unos y el consuelo de los otros; y, no sólo acompañar al hombre en su peregrinación secular por el desierto de la vida, sino servirle Él mismo de alimento, nutrirlo espiritualmente con su carne y sangre, y luego ser consumido y no destruído<sup>1</sup>, vivir siempre en estado de víctima, ser capaz de sacrificio y exento de dolor; ¿quién discurrió tan ingenioso modo de ser y de vivir, sino Aquél que conoce todas las sendas misteriosas de la vida y posee las llaves de la muerte?<sup>2</sup> ¿quién lo puso en ejecución sino el Árbitro soberano de la Naturaleza? En vano ésta gime obligada á marchar contra todo el peso de sus leyes: el omnipotente Amor le manda suspenderlas, y es preciso obedecer. *¿Por qué huiste, mar; y tú, Jordán, por qué te has vuelto hacia atrás?*<sup>3</sup> *La faz del Señor ha conmovido la tierra, la faz del Dios de Jacob.*

<sup>1</sup> S. Thom., Seq. in fest. SS. Sacram.

<sup>2</sup> Apoc. 1, 18.      <sup>3</sup> Ps. 113, 5 sqq.

10. He aquí cómo el Corazón de Jesús es todo para el hombre: compañero por la Encarnación, alimento por la Eucaristía, precio de libertad y vida por la Redención, premio eterno en la Bienaventuranza<sup>1</sup>. ¡Venturoso viador que posee tal tesoro! ¿Necesita fortaleza? Aquí la tiene en el bálsamo suavísimo que mana del Corazón de Jesús. ¿Consejo, luz, alivio? Todo lo tiene en el adorable Corazón.... En él encuentra el justo sus delicias; su refugio, el pecador. El santo se aquilata por su unión cada vez más estrecha con la santidad del Corazón por excelencia santo; y el pobre pecador se purifica al contacto de la misericordia.

## II.

11. Justo es por tanto, que el hombre sea todo corazón para Jesús. Sin duda alguna que el hombre debe dar á Dios su corazón. ¿Pudiera darle menos quien de Él lo ha recibido todo? Pero hay más; porque la criatura debe ofrendar al Creador todo su ser en absoluto y sin reserva. ¿De qué modo podrá saldar de una vez toda su deuda para con Jesús, Creador y Redentor? No de otro que siendo para Él todo corazón, emulando la nobilísima generosidad de Jesús. Desde luego, en sus relaciones directas con su Majestad, el hombre no tiene otra actitud que asumir, porque tampoco tiene más tesoro que ofrecer fuera de su pobre y mezquino, pero apreciado corazón. Mas ¿por ventura le pide Dios otra ofrenda? ¿No le dice: *Dáme, hijo mío, dáme tu corazón?*<sup>2</sup> Para tornarle digno de la aceptación del Santo de los santos oigo al Profeta suplicar al mismo Dios que lo purifique, haciéndolo de nuevo: *Crea en mí, oh*

<sup>1</sup> Hymn. Eccl.

<sup>2</sup> Prov. 23, 26.

*Dios, un corazón nuevo*<sup>1</sup>. Mas, aunque no tan puro como el de los ángeles, como esté conrito y humillado, espera el santo rey que no será desechada la ofrenda del corazón. ¡Tánto vale esta hermosa porción de nuestro ser! Sí, cristianos, tanto como el hombre todo entero. Porque, aun hablando de tejas abajo, ¿no da él la medida exacta de su grandeza moral? Los héroes, los verdaderos filántropos, los que merecieron el renombre de padres de los pueblos, ¿qué fueron sino hombres de corazón? Tales han sido y serán siempre los civilizadores, los apóstoles, los bienhechores de la humanidad, los que en algún sentido empujen el verdadero y no mentido progreso, y hasta los que en menor escala figuran como hombres de algún valor, todos hombres de corazón. Y es porque al corazón sirven las manos, y obedece el entendimiento. Ni puede menos de considerarse como síntoma de decadencia moral, por más que otra cosa parezca, la preferencia otorgada en ciertas épocas por la opinión pública á la inteligencia sobre el corazón, á la ciencia sobre la virtud.

12. Pero, volviendo al orden sobrenatural, ¿qué hace el hombre que es todo corazón para Jesús, sino poner al servicio de este soberano Dueño su debilidad y su ignorancia, así como Él pone al servicio del hombre su omnipotencia y su sabiduría? En efecto, para ejecutar obras sobrenaturales no hay agente como el corazón poseído de la gracia y por ella ennoblecido y elevado á inmensa altura. Para creer, esperar y pedir, es necesario que el corazón dé el impulso y se mueva: pues ¿qué diré para amar? Y éstos son los actos con que el hombre, viajero de la eternidad, en el tiempo vive

<sup>1</sup> Ps. 50, 12.

la vida divina precursora de la celestial y eterna, trabaja por los intereses de Jesús, se perfecciona á sí y á los demás. *Si con la boca se confiesa la verdad para la salvación*, dice el Apóstol, *con el corazón se cree en orden á la justicia*<sup>1</sup>. ¡Ah! ved ahí la clave para explicar la incredulidad de todos los tiempos, que no sólo de nuestra época: la falta de corazón, no la falta de luz. *¿Demasiado creíbles son tus testimonios!*<sup>2</sup> exclamaba el Profeta; pero ¿á qué torrentes de luz no se resiste un corazón cegado por el egoísmo? Que, si el amor verdadero ilumina, la pasión, amor espurio, ciega. Voluntariamente ciego, el incrédulo no cree porque no ama; porque, así como el amor hace milagros, así también por el amor son creíbles los milagros. Y la falta de esperanza ¿qué es sino la muerte del corazón? Dícelo con expresiva imagen el lenguaje común. Hombre descorazonado, ó que lleva el corazón alicaído, es hombre que perdió el valor, elemento esencial de la esperanza. Y el fuego de la oración ¿dónde se enciende sino en la fragua que arde dentro del pecho? Hasta para pedir se necesita magnanimidad: el corazón pusilánime no pide, el mezquino pide poco, el magnánimo abarca con su oración el cielo entero. En cuanto á la virtud sublime que se llama caridad, excusado es decir que el corazón es su trono. Es también su órgano propio; de ahí que no amen de veras los que llevan el corazón enfermo, atrofiado por desorganizadoras pasiones.

13. Por actos como éstos, como por otros tantos escalones, llega el hombre á la cima de la grandeza moral, el Apostolado. El hombre, cualquiera que sea su condición y estado, puede llegar á ser apóstol. Todo

<sup>1</sup> Rom. 10, 10.

<sup>2</sup> Ps. 92, 5.

cristiano unido á Jesucristo con los más fuertes y sagrados vínculos, debe ser apóstol. Serálo, en efecto, si es todo corazón para Jesús. Hombre de fe, varón por la firmeza de la esperanza, ardiendo en llamas de caridad, tal, en fin, como el Apóstol quisiera á todos los fieles<sup>1</sup>; ¿qué océanos, qué Andes serían valladar á su paso de gigante? Los recursos para hacer el bien se le vendrán á las manos: su inventiva para discurrir santas industrias será inagotable como la fuente de amor que brota de su corazón. Cuando otra cosa no pudiere, orará, Apóstol de la oración, uniendo día y noche la suprema aspiración de su alma: *Adveniat regnum tuum!* con la plegaria que en forma de llamas sale del fondo del Corazón de Jesús, y aquella oración penetrará las nubes<sup>2</sup>, y volverá á la tierra convertida en lluvia de gracias para la sociedad y el individuo. ¡Dichoso el pueblo que cuente uno solo de esos Apóstoles del Corazón de Jesús! ¡Mil veces más dichoso el que posea entre sus instituciones una sociedad bien organizada de ese linaje de Apóstoles!

14. ¡Compañeros de Jesús por vocación y por amor! alzad siempre en alto la bandera del divino Corazón.... ¡Apóstoles de la Oración! multiplicaos en número y fervor para la gloria de Dios....

¡Fieles todos! haceos un solo corazón para amar el Corazón único del Unigénito del Padre. *Sursum corda!* ¡Arriba, corazones terrenos! Si aquí son las luchas del Corazón, allá serán las delicias que no cabrán en él. Al corazón aquí coronado de espinas aguarda allá corona de goces inmortales. Así sea.

<sup>1</sup> Rom. 12, 11.

<sup>2</sup> Eccli. 35, 21.

## PRIMER SERMÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

(predicado en la fiesta del Apostolado de la Oración, Bogotá, 1898).

Redemisti nos Deo... et fecisti nos Deo nostro regnum.

Para Dios nos redimiste é hicistenos reino para nuestro Dios.

Apoc. 5, 9. 10.

1. Un grande acontecimiento, amados fieles, preocupa hoy á todos los espíritus, la aproximación del fin del siglo XIX; y á nadie debe preocupar en más alto grado y con mayor motivo que á nosotros, los hijos de la Iglesia, los regenerados en Jesucristo por la sangre de su divino Corazón. Siendo Jesús *el Rey inmortal de los siglos*, á quien es debido todo honor y gloria<sup>1</sup>; siendo él Padre y Autor *del siglo eterno*<sup>2</sup>, dueño y señor de los tiempos pasajeros y de la inmovible eternidad; ¿no deberá inclinarse delante de su Majestad la majestad de los siglos, del que se despide para no volver jamás, y del que llega para reemplazarle en la escena del mundo? Por Jesucristo hizo Dios los siglos, según la sublime sentencia del Apóstol<sup>3</sup>; justo es que los siglos, al nacer y al morir, rindan pleito homenaje á su Rey, tributen solemnes acciones de gracias y entonen cánticos de felicitación al Redentor. Tal es, oyentes míos, el pensamiento natural y cristiano que ha inspirado, como sabéis, el nobilísimo proyecto de ofrecer á Jesucristo nuestro adorable Redentor un homenaje solemnísimos en que tomen parte todos los pueblos y naciones cristianas, y, á ser posible, todos los individuos de la especie humana, precisamente al expirar nuestro siglo y nacer el siglo XX, á fin de que por las voces

<sup>1</sup> 1 Tim. 1, 17.

<sup>2</sup> Is. 9, 6.

<sup>3</sup> Hebr. 1, 2.